

LAS MUJERES Y LA FILOSOFÍA

Rubí de María Gómez Campos
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

... cuando experimento cierta dificultad en aprehender y luego en conceptuar 'el problema de las mujeres', de las mujeres en general y en el campo de la filosofía en particular, tengo que concluir que esta cuestión no es integrable en las esferas de pensamiento que hemos recibido, ya se trate del pensamiento común o de la filosofía elaborada. Tales consideraciones nos llevan a preguntarnos si todo pensamiento no estará construido sobre el rechazo de un cierto número de realidades, una de las cuales sería precisamente ésta.

Michele Le Doeuff
El estudio y la rueca, p. 19.

Las mujeres han tenido en la filosofía una historia singular. Después de muchos siglos en los que no parecían poder ocupar algún lugar, hoy podemos decir que la filosofía no sería lo que es sin la participación intelectualmente creadora de mujeres que lograron modificar y establecer nuevas vías de pensamiento filosófico, y con ello nuevas formas de inteligencia cultural. Tal es el caso de Edith Stein (1891-1942), filósofa alemana discípula de Husserl, sobre la cual se incluye un artículo en este número; María Zambrano (1904-1991), filósofa española discípula de Ortega y Gasset, sobre la que se incluyen dos trabajos; y Hannah Arendt (1906-1975), filósofa alemana discípula de Heidegger, sobre la cual también se incorpora un texto.

Seguramente la tesis de que la filosofía ha podido ser revitalizada gracias a la participación de las mujeres en ella es insuficientemente compartida por los pensadores de nuestro tiempo, quienes llegan a considerar que los temas filosóficos han sido agotados y pronostican la muerte de la

filosofía. Pero es verdad que la ausencia, o el desconocimiento de la participación de las mujeres en la filosofía, representa un vacío que hoy podemos comenzar a percibir como el signo de posibilidad de un desarrollo continuado del pensamiento humano.

La creatividad filosófica que se esconde en los múltiples (y todavía lejanos) ejemplos de pensamiento producido por mujeres podría empezar a iluminar el futuro, y permitirnos vislumbrar nuevos senderos de indagación en aquellos mínimos espacios en donde la perplejidad frente al mundo no ha claudicado frente a la hostilidad del mundo masificado. Probablemente ésta sea una oportunidad para restablecer los márgenes de un campo de definición de lo humano, que hasta hoy se ha caracterizado por el establecimiento de una separación tajante entre bien y mal, verdad y mentira, filosofía y religión, masculino y femenino, y finalmente entre pensamiento y vida.

La filosofía producida por los seres humanos de nuestro tiempo, en la que se incluye por fin a las mujeres (aunque éstas tengan que ser referidas todavía a corrientes y autores masculinos), anuncia un renacimiento luminoso para el pensamiento filosófico si éste logra penetrar los recovecos del pensamiento activo que no ha perecido ante los embates del antipensamiento que la sociedad instrumental y la cultura global le impone.

Sin embargo, para que un recuento de las mujeres filósofas fuera completo haría falta incluir a otras mujeres como Simone Weil, Simone de Beauvoir, Agnes Heler y Julia Kristeva, y otras muchas que, sin disfrutar del título académico o formal de filósofas, lograron establecer ciertos parámetros de pensamiento original y profundamente filosófico desde las trincheras de la literatura y otros campos afines. En este último caso se encuentran: Lou Andreas Salomé, Virginia Wolf, Margaret Mead y Melanie Klein, tan sólo en referencia al pensamiento contemporáneo. Es decir, haciendo omisión de los períodos anteriores (clásico y medieval) y parcialmente también de los posteriores (romántico, moderno y posmoderno) de la filosofía académica de nuestros días.

En este trabajo quisiéramos poder ofrecer una reseña mínima del proceso de desarrollo de la filosofía hecha por mujeres, así como un recuento

breve de las diversas corrientes en las que podríamos agrupar y adscribir su pensamiento. Haría falta, por otra parte, realizar un análisis de las corrientes de pensamiento que permitieron, o que aun pueden permitir, a las mujeres su inclusión en el mundo mayoritariamente masculino de la filosofía académica de Occidente: romanticismo, existencialismo, fenomenología, posmodernidad, y otras más. Sin embargo esos dos hitos siguen significando una valoración del pensamiento filosófico de las mujeres, que se somete al parámetro invariable de lo que los varones han definido como filosófico.

Mejor habría que aventurar la idea de que las mujeres pueden y han podido variar esas maneras de hacer filosofía. Probablemente la inserción de las mujeres en este impresionante campo de la inteligencia humana pueda ser el comienzo de una transformación del mismo; de una inclusión más amplia en todos los sentidos, para todos los temas, y una multiplicación de sus modos y formas que, después de permitirnos nombrar a las filósofas en referencia a una genealogía femenina de corrientes, maestras y discípulas, termine por fin en realizar la prematuramente anunciada disolución de la filosofía; disolución que concebimos, más que como su desaparición, como una nueva forma de encarnar la vida, de habitar los espacios, de concebir el mundo, de plena humanidad.

Para mostrar la validez de esta tesis: la idea de que las mujeres poseen formas de originalidad, creatividad y sensibilidad propias que podrían reinventar a la filosofía, podríamos tomar como ejemplo a cualquiera o a todas las autoras que son comentadas en este volumen. Todas ellas son filósofas errantes, “parias” de la historia, perseguidas o exiliadas políticas, pero también trasterradas en su condición de mujer. No obstante, a pesar de que sus reflexiones están insertas en los límites académicos y formales de la filosofía oficial, ellas logran llevar el pensamiento más allá de los límites abstractos de un raciocinio que, a pesar de su profundidad conceptual, de su apertura al mundo o de su sensibilidad, desconoce o niega las fuentes de vida que le dieron origen. Ellas recuperan o inventan un sentido profundo de enraizamiento de reterritorialización, de su filosofía en la vida que las constituye y que le diera forma original a su pensar.

Edith Stein, aunque aprehendió de Husserl los recursos preciosos de la fenomenología, supo también vincular su aprendizaje con los recursos sublimes de la fe; lo que le permitió construir su concepto filosófico de la empatía como posibilidad de la intersubjetividad. El suelo desde el que despliega toda la grandeza de su pensamiento y la posibilidad de integrar ética y religión es su propio contexto histórico y vital. La profundidad filosófica de María Zambrano se expresa en la superación de un racionalismo sobrevalorado históricamente que, a costa del vitalismo aun abstracto, impersonal, de Ortega y Gasset, ella supo realizar en vinculación con la vida, bajo la égida de una razón poética que la llevó a encontrar, a través de su propio desconcierto y desplazamiento político y territorial, los vasos comunicantes entre filosofía y poesía, reestableciendo en su discurso los lazos naturales de la filosofía con la tierra.

Hannah Arendt por su parte, contrariamente a lo que parecen creer la mayoría de sus intérpretes, no elabora una filosofía del poder sino de la fragilidad. Su concepto alejado del masculino concepto de poder es capaz de revelarnos la esencia y con ello toda la potencia del poder humano, no a través del poder del gobierno ni el del Estado sino del impoder; de la pluralidad que hunda la condición humana, del entre-hombres que constituye la realidad del ser; cuya función humilde se vuelve portentosa en el contexto realista del que su mundo personal formaba parte: el compromiso de la preservación del mundo en el contexto monstruoso, apabullante, del totalitarismo.

Aunque en este *Dossier* no esté presente, quiero introducir en el tema, como ejemplo preciso, a otra gran pensadora cuyo trasfondo vital está constituido por su intenso sufrimiento moral: Simone Weil. La revisión del pensamiento de Simone Weil (1909-1943), filósofa francesa contemporánea, es fundamental si queremos profundizar en la reflexión sobre el siglo XX, tanto como en el fenómeno de emergencia del pensamiento filosófico realizado por mujeres que vino aparejado con él. Aunque Simone Weil, igual que las pensadoras mencionadas antes, se declarara como no feminista, ni le interesara analizar la condición femenina, podemos percibir en el tejido original de su filosofía una cierta "textura" femenina, similar a las demás, que la orienta a revelar el sentido de la Gracia con la

ingenuidad de una teóloga inexperta, pero cuya intuitiva clarividencia y fresca osadía traslucen la figura de una pensadora, en el doble sentido del término: alguien que piensa, y es del sexo femenino.

La “Virgen Roja”, como la llamaban algunos académicos a quienes incomodaban sus ideas —o más propiamente sus acciones políticas, beligerantes contra la banalidad y la frivolidad de un mundo cuyos parámetros están regidos por la “Gravedad” moral, que arrastra al ser humano al intento de evadir el sufrimiento—, plantea en su teología de la desdicha la necesidad de la “descreación”; concepto que alude a la renuncia y al sacrificio, a la negación del yo, y simultáneamente prepara el sentido de una filosofía política que, lejos de abandonar al mundo y dirigirse en busca de un bien supremo trasmundano, pone las condiciones para que se pueda alcanzar una condición de respeto universal entre los seres humanos.

Su conocimiento y crítica del marxismo, realizada en el entorno del progreso y la masificación de la técnica, le permitió a Weil prever los límites de la sociedad industrializada moderna y sugerir alternativas críticas a su desarrollo, en torno a una nueva concepción del trabajo.¹ Asimismo, su preocupación por el entorno humano de la necesidad la llevó a plantearse la idea de una superioridad ética y política de “la obligación” sobre “el derecho” de las personas, que pone en cuestión la concepción común que se tiene de los Derechos Humanos. La creatividad y el carácter de innovación de sus ideas filosóficas, tanto políticas como ético-religiosas, o bien teológicas, nos obligan a mirar a ese otro componente de la condición humana que es constitutivo de la dimensión privada de la experiencia, y que se ha vinculado históricamente con la femineidad: la necesidad, que es concebida por ella como esencia de un mundo cuya materialidad es, sin embargo, condición fundamental de lo divino, base de libertad.

Pero lo que más llama la atención de ésta y todas las pensadoras analizadas en este número es la capacidad filosófica y creadora, que las lleva a introducir en el discurso temas negados, aspectos reprimidos, o formas ausentes simplemente de la definición legítima del campo filosófico: como el elemento de la melancolía que todas ellas comparten con la idea del

genio renacentista, y que se repetirá en la conciencia de la subjetividad romántica. En la convergencia natural del mundo y la filosofía, de la cultura con el pensamiento, fue necesario que el paso de los siglos y el propio desarrollo del espíritu humano fueran articulando lentamente, no sólo el reconocimiento práctico y social de la humanidad de las mujeres, sino además, el avance teórico de aprecio a la alteridad.

La exaltación de lo otro en los contenidos de la filosofía de la cultura actual así como la rehabilitación formal de la hermenéutica, como método auténtico de búsqueda de la verdad, son el contexto que vuelve permisible la transformación y la continuación de la filosofía, así como la valoración precisa del pensamiento de las mujeres en ella. No obstante su presencia, la presencia de las mujeres como mujeres en la filosofía, aun resulta ser una expresión del miedo hoy parcialmente conjurado a lo desconocido. Esto es sólo el principio.

La exclusión de lo otro, de lo ajeno, el pasmo ante el enigma, el conjuro a lo extraño, han sido rasgos permanentes de la condición de lo humano, durante todo el avance de la humanidad y su conciencia. No podemos negar que la grandeza atisbó muchas veces e iluminó en chispazos los márgenes del mundo. Pero todavía la ciencia y la filosofía son, tomadas como bloque, la representación legítima de la verdad, del sentido, de realidad, de mundo. El portentoso amuleto, el conjuro del miedo, ha sido la búsqueda de certezas de la filosofía. Y en esta larga infancia de la humanidad, los cotos inaccesibles del entendimiento, que todavía permanecen libres al arbitrio de la razón, son conjurados a su vez por la palabra lícita del sabio, que designa un lugar a la literatura permitida en tanto que ficción; a la magia autorizada sólo en la poesía; a la sexualidad normativizada y reprimida en la vida social; al mal sistematizado en la teoría, de la que todavía se duda, acerca de lo mental.

Sólo falta la risa; integrarla al discurso y normarla como valor podría representar una expresión mayor de madurez del espíritu, y una de las últimas formas de comunicación humana digna de teorizar. Hannah Arendt estaba ya muy cerca de alcanzar esta idea a partir de su paradójica comprensión del milagro y su valoración de la libertad como inicio, en tanto expresiones mismas de lo humano. A Hannah Arendt no la venció el des-

concierto ni la pesadumbre por el fenómeno aniquilante del totalitarismo. Ella encontró en el espacio privado de la labor, poco abordada por sus críticos e históricamente vinculada a lo femenino, el espacio donde se puede sentir la gratitud ante la vida y la lengua gratuitamente recibidas, el espacio de la satisfacción, el goce mismo de la vida².

En una paradójica combinación de melancolía, valoración del sufrimiento y afirmación del amor y de la esperanza, las autoras que componen este recuento logran develar ante nuestros ojos un nuevo proyecto de humanidad y una nueva forma de conceptualizar el mundo. Hannah Arendt plantea premonitoriamente según creo, y en concierto con algunos de los elementos vitales y conceptuales con los que las filósofas definen nuevos parámetros de reflexión filosófica, que la actividad de comprender es necesaria, no para proveer directamente a la lucha de objetivos, sino, para dar sentido y recursos al espíritu y al corazón humano.

Aun lo que ella llama la comprensión preliminar resulta más eficaz para prevenir la filiación totalitaria, que el análisis político o el conocimiento acumulado. La comprensión nos da el sentido de la vida humana. Pero si concebimos “comprender” como una forma de reconducir lo desconocido a conocido, estaríamos reduciendo su sentido al grado mínimo de lo que significa la comprensión preliminar. La situación actual se caracteriza, sin embargo, por una pérdida de herramientas para la comprensión. El mundo moderno se ha reducido a la falta de sentido, a una pérdida del sentido común o de la tradición, que se manifiesta en una estupidez creciente y manifiesta.

No obstante, es en el silencio producido por el totalitarismo —fenómeno que todas nuestras autoras conocieron a través de la vivencia del terror, la ideología y el mal— donde podemos encontrar las bases para una nueva forma de reflexión filosófica más integral, humana. Según Arendt, lo perdido en ese proceso es el propio marco en que la comprensión y el juicio podrían emerger. El contexto político y existencial que nutrió las filosofías de todas las pensadoras analizadas fue, como dice Arendt, la sustitución del sentido común por una lógica implacable en la que la idea se pervirtió en la forma de una premisa autoevidente. Es decir, con la modernidad la verdad devino coherencia, y con ello se pro-

dujo una negación de la verdad. Pero la verdad es siempre revelación; revelación de un sentido no dado en los hechos pero que es producto de la experiencia, la misma que ellas mantuvieron como base de su disertación.

Según Arendt, el historiador puede manipular la novedad remitiéndola a la causalidad, cuando es el acontecimiento el que ilumina su propio pasado y no puede deducirse de él. Para ella cada acontecimiento es apertura a nuevas posibilidades; de ahí la relevancia del comienzo y del origen como esenciales a la acción política, en tanto actos de fundación. Ésta es pues la verdadera esencia de la libertad humana. El ser humano es el comienzo mismo, y un ser cuya esencia es comenzar puede tener suficiente originalidad para comprender sin categorías previas.

Arendt sostiene la idea de que la verdadera comprensión no es ni la pura reflexión ni el puro sentimiento. Anticipa la idea de la necesidad de un *corazón comprensivo* que haga soportable la vida en común, y ello significa que la comprensión radica en la facultad de la imaginación, aunque no es fantasía ni irracionalidad, sino diálogo y “círculo vicioso”: amplitud de espíritu y razón; como quisiera Zambrano, mezcla exacta de razón y sensibilidad; capacidad de distinguir en la igualdad y diferenciar en la identidad; mediación pues entre experiencia y conocimiento a través de la imaginación, que constituye lo que podríamos llamar esa brújula interna de la razonabilidad. Armonía con la tierra a través de un diálogo con su esencia, que queda revelada en las filosofías de estas pensadoras; en su experiencia original de mujeres fundantes, generadoras de una genealogía filosófica de la mujer.

Quiero cerrar con este artículo una larga etapa de reflexión sobre el “problema de las mujeres” en la filosofía, que ha ocupado mi actividad académica durante mucho tiempo. Quiero cerrarla para iniciar una nueva etapa de reflexión más amplia que necesariamente integra dicho problema, pero en vinculación con otros problemas igualmente importantes. El tema del postfeminismo señala una nueva era de discusión y diálogo filosófico con el que el nuevo milenio podrá resultar tan fructífero como los anteriores, en términos de desarrollo del pensamiento humano. No es que el feminismo haya agotado sus posibilidades de acción práctica, ni

que resulte inútil la intención de superar las condiciones de desigualdad existentes todavía en muchos espacios. Para que las mujeres logren superar el rezago de una cultura empobrecida por el patriarcado cultural imperante durante los dos milenios anteriores ha sido, y sigue siendo, necesario restablecer los márgenes de actuación social de las mujeres, modificar las estructuras jurídicas de los Estados y de sus relaciones, así como renovar las ideologías de dirección de las organizaciones sociales existentes. Pero también resulta indispensable repensar los problemas desde las coordenadas de una nueva forma de configuración social; desde un “nuevo humanismo” en donde no sólo las mujeres o los hombres en su particularidad de género logren modificar los parámetros de su autopercepción, sino desde una perspectiva en donde la actuación de lo humano logre revelar un nuevo e inexistente sentido, para todos y todas aquellas que vendrán y estarán.

Las condiciones de posibilidad de este nuevo humanismo, integrador, han sido dadas por las pensadoras que articulan este *Dossier*.

NOTAS

1 *Cfr.* Simone Weil, *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*, México, Premia, 1982.

2 *Cf.* Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, México, Planeta-Agostini, 1994, p. 380.